Estamos en la **Semana de oración por la unidad de los cristianos** que en el hemisferio norte va del 18 al 25 de enero. En el hemisferio sur, donde enero es período de vacaciones, muchas Iglesias celebran la Semana de Oración en otras fechas, sobre todo en Pentecostés.

El evento ecuménico es de carácter mundial.

El Papa explica en qué consiste la Semana de la Oración por la Unidad de los cristianos.

Queridos hermanos y hermanas:

Se inicia hoy la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos, que desde hace más de un siglo, viene celebrada por todas las Iglesias y Comunidades eclesiales, para invocar el don extraordinario de la unidad por el que el Señor oró durante la Última Cena, y animar a la oración, como primer camino que conduce a la plena comunión. El tema elegido para este año, "Todos seremos transformados por la victoria de nuestro Señor Jesucristo", resalta la importancia de la fe cristiana en medio de las pruebas y dificultades, con relación al don total obrado por Jesús en el Misterio Pascual.
La unidad por la cual pedimos requiere una conversión.

No se trata simplemente de cordialidad y cooperación, es necesario reforzar la fe en Dios, el Dios de Jesucristo, que ha hablado y se ha hecho uno de nosotros; se requiere entrar en su nueva vida, que es la verdadera y definitiva victoria; abrirse a los demás, acogiendo los elementos de unidad que ofrece el Señor; y dar testimonio del Dios vivo, que se ha hecho conocer en su Hijo.

La “palabra de vida” que el Movimiento de los Focolares ofrece este mes**: «¡Habéis resucitado con Cristo! Orientad, pues, vuestra vida hacia el cielo, donde está Cristo sentado junto a Dios»** (*Col* 3, 1) nos ayuda, a través del comentario de Chiara Lubich, a vivir el lema de la “semana”.

Estas palabras que san Pablo dirige a la comunidad de los colosenses nos dicen que existe un mundo en el que reina el amor verdadero, la comunión plena, la justicia, la paz, la santidad, la alegría; un mundo donde el pecado y la corrupción ya no pueden entrar; un mundo donde la voluntad del Padre se cumple perfectamente. Es el mundo al que pertenece Jesús. Es el mundo que Él, pasando a través de la dura prueba de la pasión, nos abrió de par en par con su resurrección.

«¡Habéis resucitado con Cristo! Orientad, pues, vuestra vida hacia el cielo, donde está Cristo sentado junto a Dios».

Nosotros no es que estemos llamados a este mundo de Cristo –dice san Pablo–, sino que ya pertenecemos a él. La fe nos dice que mediante el bautismo nos incorporamos a Cristo y, por consiguiente, participamos en su vida, en sus dones, en su herencia, en su victoria sobre el pecado y sobre las fuerzas del mal, pues hemos resucitado con Él.

Pero, a diferencia de las almas santas que ya han alcanzado la meta, nuestra pertenencia a este mundo de Cristo no es plena ni está completamente desvelada; sobre todo, no es estable ni definitiva. Mientras estemos en esta tierra estamos expuestos a mil peligros, dificultades y tentaciones que pueden hacernos vacilar, pueden frenarnos en el camino e incluso desviarnos hacia falsas metas.

«¡Habéis resucitado con Cristo! Orientad, pues, vuestra vida hacia el cielo, donde está Cristo sentado junto a Dios».

Se comprende, pues, la exhortación del apóstol: «Orientad, pues, vuestra vida hacia el cielo». Tratad de salir de este mundo no ya materialmente, sino espiritualmente; abandonad las reglas y las pasiones del mundo para dejaros guiar en todas la situaciones por los pensamientos y sentimientos de Jesús. Pues «la vida del cielo» nos remite a las leyes del cielo, la ley del Reino de los Cielos, que Jesús trajo a la tierra y quiere que apliquemos ya desde ahora.